

Cierto día que el señor de Meillant acababa de celebrar una de estas conferencias que, sin desanimarle por completo, entibiaban sus esperanzas, al entrar en su casa, á las cinco de la tarde, le dijo un mozo del hotel que una señora le esperaba en su habitación.

Al subir la escalera preguntábase quien podría esperarle. En París sólo conocía á dos mujeres, Juana Guérin y Zoé Lacassade. Acababa de separarse de ambas; no era, pues, ninguna de las dos la que se hallaba en su cuarto.

La llave estaba en la cerradura. Abrió, atravesó un pequeño vestíbulo que daba paso á la alcoba y al salón, y entró en esta pieza. La obscuridad era completa. Los faroles de la calle enviaban al interior de las casas una luz tenue. Dibujóse en la sombra una figura graciosa; el ruido de encajes y seda y el perfume delicado que llegaba hasta él le hicieron comprender que se hallaba frente á frente de una mujer de la alta sociedad.

Como ella no hablaba, se dirigió hacia la chimenea, sacó del bolsillo una cajita de plata, tomó cerillas, encendió dos candelabros, y dirigió una mirada á la visitante, que estaba en el centro del salón. La reconoció inmediatamente. Era la marquesa de R...

XIX

De esmerada educación, Roberto no manifestó sorpresa; saludó, adelantó una silla y, apoyado en el mármol de la chimenea, dijo sin la menor emoción:

—Perdonadme, marquesa, que os haya hecho esperar: no dudaba que tendría el honor de volver á veros.

Ella parecía algo turbada; sin embargo, hizo un esfuerzo y contestó:

—Deseaba hablaros, caballero, y, como he esperado en vano vuestra visita, he resuelto venir á vuestra casa.

—Estoy á vuestras órdenes, señora —contestó Roberto.—En cuanto al cargo indirecto que habéis tenido á bien dirigirme, permitidme que os diga que desde mi llegada á París he tenido poco tiempo de que disponer y me he visto privado de hacer visitas para mí muy agradables.

La marquesa de R... levantó la cabeza y pronunció las siguientes palabras mirando á Roberto:

—¿Y ése ha sido el único motivo que os ha impedido ir hasta hoy á la calle Monceau?

—El único... os lo aseguro.

—El vizconde de Champy afirma que tenéis otros.

—¿Cuáles, señora? ¿Qué motivos son los que supone?

—Que frecuentáis con gusto la casa de la marquesa de R..., pero que huiréis siempre de la que se llamaba en otro tiempo Matilde Simonnet.

—El señor de Champy ha sido indiscreto.

—¿Indiscreto? Luego confesáis...

Como Roberto callara, continuó:

—De esto deseaba hablaros. Sois injusto con Matilde Simonnet y quiero defenderla. Mi visita no tiene otro objeto.

—Escucho, señora.

Y tomó asiento á alguna distancia de la marquesa, la cual, después de esforzarse por aparentar serenidad, empezó en los términos siguientes:

—Sabéis, sin duda, que el tío de la señorita Guérin me nombró su heredera, á pesar de no tener derechos á la herencia. ¿Qué culpa me cupo en aceptarla? ¿Quién la hubiera rechazado en mi lugar? Huérfana y sin fortuna, vivía del teatro. Un hombre respetable se acercó á mí y me dijo: *Abandonad la escena. No es vuestro sitio. Me sois simpática; permitid que os visite con frecuencia: soy honrado. Quizás algún día olvidaréis mi edad para no pensar más que en mi afecto y en mis cuidados... entonces tal vez accedáis á llevar mi nombre...* Pasó tiempo, y cuando me hallaba dispuesta á aceptar su ofrecimiento murió el señor Claudio Guérin. Abrióse su testamento. Dejaba toda su fortuna á la que algunos días después hubiera sido su esposa. ¿Hay nada más natural?

Cesó un momento de hablar, como si esperase la apreciación del señor de Meillant, que permaneció mudo é inmóvil.

—El señor Guérin tenía herederos forzosos; un hermano y una sobrina que no conozco, y de la que nunca oí hablar. ¿Debía yo, pobre como era, renunciar por ellos á una herencia que aseguraba mi independencia y el bienestar de toda mi vida? Nadie me dijo: *Aceptad una parte del legado y entregad otra parte á la familia del testador*; pero, en vez de oirme, de entrar conmigo en arreglos, se me declaró bruscamente la guerra, se me citó ante los tribunales y se me presentó como una intrigante que había abusado de mi influencia sobre un anciano para hacerle testar en mi favor. El abogado de mi contrario me insultó y llegó hasta á suponer que era falso el testamento. Indignáronse mis amigos, y, cuidadosos de mi decoro, me aconsejaron que continuara el proceso hasta el fin. Obedecí... pero fui vencida. No sólo perdí la fortuna del señor Guérin, sino que fuí condenada al pago de costas, que fueron considerables.

Calló de nuevo y dijo para terminar, en vista del silencio de Roberto:

—Os he dicho la verdad. ¿Es digna de censura mi conducta en este asunto? ¿He cometido faltas que merezcan que un hombre recto y de talento como vos me juzgue desfavorablemente? Os estoy muy obligada, puesto que os debo, si no la vida, el haberme librado de un gran riesgo. Habéis adquirido derechos á mi reconocimiento, y siento mucho que no me

permitáis hacéroslo patente: me tratáis como si no hubierais hecho por mí nada.

Levantóse y con voz conmovida dijo:

—Caballero de Meillant, os debía esta explicación. Más aún, me la debía á mí misma, y he venido espontáneamente á dároslo. ¿Os he convencido? ¿Os merezco mejor opinión que antes?

—Nunca os he tenido en equívoca opinión, señora. Desconfiaba antes de oiros, pero mis sospechas ya no existen.

—Por lo tanto ¿no me trataréis como á enemiga?

—¿Y cuándo os he tratado así, señora?

—Cierto; pero habéis hecho gala de una indiferencia más triste para mí que vuestro odio. ¿Desaparecerá también? ¿Volveré á veros?

—No.

—¿Por qué?

—Permitid que á mi vez os interroge. ¿Por qué os mostráis tan ávida de mis visitas? No formo parte del mundo parisién; ignoro esas noticias y esos rumores que tanto os preocupan; mi permanencia en París es accidental. Ni me conoce ni le conozco. ¿Qué papel haría en vuestra sociedad? ¿A qué conduciría la presencia en vuestros salones de un desconocido... casi un salvaje?—añadió sonriendo.

Matilde se acercó á la chimenea en que se apoyaba Roberto, y mirándole con insistencia le dijo:

—¡Cómo ha de ser! Mis salones os aburren, mis amigos os desagradan, pero yo no os impongo su trato. Siempre que vayáis á verme me encontraréis sola.

Roberto sostenía su mirada sin bajar la vista y sin muestra visible de emoción. El fluido magnético con que procuraba atraerle no tenía acción sobre él. Los acres perfumes de que iba impregnada perdíanse en el vacío, sin penetrar en el cerebro del joven criollo. Sin embargo, continuó hablando: hacía un último esfuerzo para vencer aquella frialdad que tanto le contrariaba. Buscaba la frase decisiva, y para encontrarla sacrificó su orgullo de mujer y no retrocedió ante las promesas más rotundas.

—Si vuestras ocupaciones os impiden acercaros á mí; si teméis hallar en mi casa personas que no os sean simpáticas, haré un sacrificio en obsequio á mi salvador. Vendré yo. Este salón será testigo de nuestros diálogos.

Roberto la miraba sin pestañear, sin desplegar los labios, inmóvil, silencioso, frío.

La marquesa esperaba su respuesta, y comprendiendo que no la obtendría exclamó repentinamente:

—¡Ah! Esto es demasiado!... ¡es demasiado! ¡Adiós!

Y se dirigió precipitadamente hacia la puerta. Pero revelándose su orgullo; irritada de salir vencida, humillada; exaltado su amor propio hasta sus últimos límites, se detuvo y cobró nueva audacia. Retrocedió, y arrojándose sobre Roberto, que se había adelantado para abrir la puerta, le cogió las manos, y anhelante, convulsa, le dijo:

—¡Pero no has comprendido que te amo!

XX

Siempre que un hombre oye esta declaración de una mujer hermosa y tiene motivos para escucharla con indiferencia, se encuentra en una posición delicada y falsa. El José de la Escritura tenía quizás razón para dejar su capa en manos de la mujer de Putifar, y, en vez de averiguar cuál fuera ésta para enaltecer ó no su virtud, se ha tratado de ridiculizar á aquél injustamente.

Roberto de Meillant no temía el ridículo. Posible era también que, temiéndole, le desafiara escudado con el amor de Juana Guérin. El caso es que, en vez de echarse en los brazos de la marquesa de R..., como hubieran hecho muchos, pensó únicamente en huir de su lado, esquivando sus encantos. Así es que condujo á Matilde hacia un sofá, hizo que tomara asiento y le dijo:

—Estáis equivocada. No me amáis. Es muy difícil enamorarse de un hombre á quien se ha visto un día contener unos caballos desbocados, con el cual se ha comido al siguiente y al que se ha vuelto á ver alguna vez en paseo. El amor no es eso, señora. Eso es sólo el capricho de una imaginación algo viva... Sería muy poco digno de vos y de mí obedecer á ese capricho.

La marquesa miraba á Roberto, más asom-

brada de sus palabras que irritada de un lenguaje que oía por primera vez. Este continuó tranquila y dulcemente, procurando calmar la exaltación pasajera de Matilde con una mirada afectuosa:

—No creáis que soy insensible á vuestra belleza. La encuentro maravillosa... es la frase más adecuada. No me toméis por modelo de virtud. No lo soy y no quiero atribuirme cualidades que no tengo.

Y sentándose á su lado añadió:

—Con otra mujer, si fuera posible hallar alguna tan hermosa como vos, estoy seguro de que no me entretendría en pronunciar discursos. Nos hemos encontrado en circunstancias particulares; os he prestado un servicio... es un gran servicio, según decís, y faltaría á los deberes de salvador si os precipitara en un abismo.

Estrechó las manos ardientes de Matilde entre las suyas, y con gran entonación continuó:

—Sí, en un abismo, porque nuestras relaciones serían de corta duración, y dejarían en nosotros pesares, remordimientos, y quizás una eterna tristeza. No sois de esas mujeres á quienes se olvida al día siguiente, y yo no soy de los hombres que aceptan, con una mujer como vos, aventuras que no pueden continuar.

—¡Amáis á otra!—dijo la marquesa.

—¡Oh! No hablemos de eso. Respetad mi silencio.

Roberto hizo ademán de levantarse, y Matilde le detuvo diciendo:

—Siento haber sido indiscreta, y os ruego me

perdonéis. Dios es testigo de que no pienso en desagradaros. Comprendo cuanto me habéis dicho y os doy las gracias.

Pero, nerviosa y conmovida en extremo para continuar hablando sinceramente, se levantó y, poniendo sus manos en el hombro de Roberto, exclamó:

—No puedo acostumbrarme á la idea de no volveros á ver; sobre todo de que pueda seros indiferente. ¿Queréis ser mi amigo?... ¿nada más que amigo?

Roberto dijo sonriendo:

—¡Nada más que vuestro amigo! ¿Acaso existe en el mundo algo mejor que la amistad? Este afecto no se improvisa, no se impone; la simpatía nace, crece, se desarrolla y llega á ser un afecto duradero. Es necesario hacerse acreedor á la amistad, y no me he hecho merecedor de la vuestra.

—Estáis equivocado; sois mi amigo después de esta conversación tan breve. ¡Ah!... no estoy acostumbrada á oír expresar sentimientos honrados. ¡Si supierais mi existencia! No he conocido á mi madre, que murió al darme á luz. En cuanto á mi padre... mi padre es un viejo infatigable á quien veo apenas, y cuando regresa y viene á mi lado no se le ocurre desarrollar lo que podría haber en mí de bueno, de honrado y de leal. Me ama á su modo y esto le basta... mas no es suficiente.

Sentóse de nuevo junto á Roberto y continuó, como impulsada por móviles íntimos y sin valor para callar:

—Ignoro si mi marido tiene buenos senti-

mientos: jamás se los he oído expresar. En cambio vos honráis mi mesa, y en vez de dirigirme galanterías de las que estoy condenada á oír, en vez de engolfaros en una conversación banal, desarrolláis una tesis generosa, defendéis con ardor á un hombre á quien el Jurado acaba de condenar como asesino de uno de vuestros parientes. ¡Qué elocuencia revelasteis en defensa de esta causa!

Al decir estas palabras cogió las manos de Roberto, que éste no retiró. Hubiérase dicho que pensaba en otra cosa, ó que las últimas palabras de Matilde habían despertado en él alguna idea.

—Yo os oía con el alma, y vuestras conmovedoras palabras quedaron impresas en mi memoria. Os miraba y hallaba en vuestros ojos, tan serenos y tranquilos en este momento, una energía, un fuego, una fuerza que no sospechaba.

Roberto de Meillant se levantó bruscamente, é inclinándose hacia Matilde le dijo:

—¿He merecido vuestra amistad? ¡Sea! Me place. Pero vos no habéis merecido la mía. ¿Queréis obtenerla?

—Sí.

—Entonces prestadme un gran servicio.

—Estoy completamente á vuestras órdenes. Hablad.

—Hay un hombre en la cárcel. Ese hombre es inocente. Ya os he dicho por qué creo que lo es. ¿Recordáis?

—Sí; creéis en su inocencia, y eso me basta para creer yo también.

—La mujer de ese desgraciado llora, sufre, se desespera y muere. Pues bien, es necesario dar la libertad á ese hombre y devolver la tranquilidad á esa mujer que muere de dolor. ¿Queréis ayudarme en esta empresa?

—Sí... desde luego.

—Desde mi llegada á París he hecho gestiones sin resultado. Decidme quién es el verdadero cómplice de Jagon—me preguntan,—puesto que aseguráis que no es Blanchard, y pondremos en juego todos los resortes legales para reparar el error.—¿Puedo llegar á descubrir al cómplice? Desconozco París; soy extraño á cuanto en él pasa y no tengo relaciones... pero vos las tenéis numerosas... Haced que se muevan, puesto que contáis de antemano con su celo.

—Y que realicen vuestro deseo más ó menos pronto; ¿no es eso lo que ibais á decir?

—Deseo la rehabilitación del inocente, pero completa.

—Y, si no me equivoco, el castigo del culpable, ¿no es eso?

—Sí, sí.

—Pues bien; las personas que honran mi casa nada pueden hacer, porque nadie es capaz de dominar su indiferentismo y su indolencia para llegar al fin apetecido. ¿Sabéis lo que pedís? Estudiar un negocio, examinarlo despacio hasta en sus menores detalles, tomar otro punto de partida, seguir la pista, pensar y pensar mucho, buscar y buscar sin descanso... ser á la vez juez de Instrucción y polizonte... Desafío á todos á que emprendan tarea semejante.

—¿Luego no puedo contar con vos?

—Antes, por el contrario, contad conmigo.

—¿Tomáis á vuestro cargo lo que vuestros amigos no pueden hacer? ¿Confáis en vuestro marido?

—¿En él? Jamás le interesaré en un asunto de corazón.

—Entonces...

—Buscaré y encontraré.

—¿Vos?

—Sí, por vuestro amor.

—Decid por amor al bien.

—Sea por amor al bien... es lo mismo.

XXI

Matilde y Roberto de Meillant se veían con frecuencia para tratar de salvar á José Blanchard, y á la vez Florina y Lorenzo celebraban frecuentes conferencias.

Florina, bajo el nombre y disfraz de aya alemana y de señorita Hermann, iba de dos á cuatro de la tarde á la agencia de la calle de Saint-Honoré, ó, lo que era más frecuente, se dirigía como vizconde al hotel de la calle Monceau y se encerraba con su amigo en su despacho ó en su gabinete. Por su parte, Lorenzo se presentaba de vez en cuando en casa de Florina, en la calle de Suresnes. Al hacer estas visitas complaciase en adoptar disfraces nuevos, bajo

los cuales era difícil reconocerle aun á su misma asociada. La afición al disfraz crecía en casa de Lorenzo progresivamente, y había llegado á constituir una verdadera monomanía. Ambos socios, puestos en cualquier lugar y bajo una forma cualquiera, unidos íntimamente, realizaban sus negocios.

Una tarde de Diciembre, sentados al amor de la lumbre en la calle de Suresnes, Florina sin disfraz, y Lorenzo por casualidad como marqués de R..., departían de esta suerte:

—Sí, tenéis razón —decía Lorenzo; —aceptaré este negocio. Puede proporcionarnos un ciento de miles de francos si llegamos á llevarle á feliz término. Los vicios de este hombre le ponen por completo á nuestra disposición. Le abordaré un día de éstos y le haré mío por necesidad —dijo sonriendo.

—¿Vos?

—Yo. Creeré que soy un empleado de la Prefectura, y trataré de sobornarme... de ganarme, con el fin de conseguir su libertad y mi silencio.

—¿Y os dejaréis ganar?

—Es natural, pero lo más tarde posible... cuando las promesas sean seguras. Con esas gentes no se corre riesgo alguno: el miedo os las entrega atadas de pies y manos.

—¿Sabéis que tengo noticias que daros respecto de la señora Deligny?

—¡Ah!... ¿Habéis visto al sobrino del marido?

—Sí, y he tenido la satisfacción de comprender que mis cálculos eran ciertos. Había so-

ñado que, más tarde ó más temprano, la herencia de su tío llegaría á ser suya, y el amor y el matrimonio de ese septuagenario le habían trastornado. Le dije que no se había perdido todo, y que, si el señor Deligny llegaba algún día á conocer á su mujer como yo la conocía, rompería con seguridad el testamento otorgado á su favor.

—¿Y qué dijo á eso?

—Podéis figurároslo. Hubiera deseado arrancarme el secreto en seguida, y sin desembolsos por su parte. Pero le hice comprender que no se entregaban tan fácilmente á un extraño tres ó cuatro millones sin exigir una pequeña comisión.

—¿Y la concederá?

—Indudablemente.

—Lo celebro, porque yo derrocho locamente el dinero.

—Matilde os arruina —dijo Florina mirándole. —¿Os corresponde en proporción de los sacrificios que por ella hacéis?

—¡Vaya una pregunta! —contestó cambiando de color y mirando intranquilo á Florina.

—¡Diablo! Ignoraba que mi inocente pregunta pudiera causaros tal emoción. Para perder la calma hasta ese extremo, es preciso que hayáis notado alguna frialdad en vuestra mujer.

—No —repitió Lorenzo bruscamente.

—Sea enhorabuena, y os felicito, porque veo que la amáis con pasión.

—Sí. Por ella quiero enriquecerme, para satisfacer todos sus caprichos. Sería mucha ingratitud de su parte desconocer tal afecto.

—¡Qué estúpidos son los hombres!

—¿Por qué decís eso?—preguntó Lorenzo.

—Por nada. Seguid... enamorando á vuestra bella odalisca. Es soberbia, lo confieso... pero nada más... En lugar vuestro preferiría algo ménos perfecto en la forma y más perfecto intelectualmente... Pero dejemos á un lado vuestros amores y ocupémonos algo de vuestra seguridad personal... Ayer visité á Roberto de Meillant.

—¿Y qué?

—No se ocupa más que de Blanchard. Visita de vez en cuando al juez de Instrucción, al presidente de Sala y á los jurados, que no le hacen caso. Sin embargo, ayer me pareció que estaba más satisfecho que de costumbre.

—¡Ah!—dijo Lorenzo.

—Que os denunciáis, querido amigo, y olvidáis que siempre os habéis negado á hacerme revelaciones acerca del asunto del boulevard Bessières. Son inútiles por completo; pero, á pesar de ello, continuáis en el mundo. El bueno de Meillant tiene esperanzas de conseguir la libertad de Blanchard. ¿Ha dado acaso ya con el verdadero culpable? Lo ignoro. Se obstina en guardar silencio respecto de este asunto, y desespéro de merecer sus confianzas. Este mos, pues, en guardia y no despreciemos nada que pueda conducir á alejar á nuestro común enemigo. Hasta hoy puede decirse que llevamos ventaja en la partida.

—Es muy difícil separar dos personas que se adoran...—observó el marqués de R...

—¿A quién se lo decís?—replicó Florina.

—Las insinuaciones, los anónimos, no hacen mella en un carácter como el de Roberto. En cuanto á los rumores esparcidos aquí y allá, no llegan á él, ó, si llegan, no puede admitir que se refieran á la señorita Guérin.

—Sí—dijo Florina en tono sentencioso.—La calumnia no llega á ciertas mujeres. A propósito, ¿conserváis todavía vuestro cuarto en la calle de Chateaudun?

—Sí.

—¿Cuántas habitaciones tiene?

—Un salón y dos dormitorios.

—¿Comunica con el de la calle de la Victoria?

—Sí.

—¿Y nadie conoce sino vos esta comunicación?

—Nadie.

—Perfectamente. Alquilad primero el de la calle de de Chateaudun.

—¿Para qué?

—Ya lo veréis.

XXII

Sofía Blanchard recibió noticias de su marido, avanzado ya el invierno. Las trajo el correo en carta de muchas páginas.

«Querida mujer—decía:—cumpla la promesa que te hice de escribirte cuanto de bueno